

La Costa Brava tuvo su Bautista

Cartas al Director

Sr. Director de ANCORA.

CIUDAD

Distinguido Sr. mío:

Dada la popularidad que relativamente en pocos años ha incrementado nuestro litoral, con el ya famoso nombre de COSTA BRAVA, y curioso en saber su origen, mucho le estimaría si a bien lo tuviese, lo diese a conocer en la sección

«Cartas al Director» que Ud. tan dignamente dirige, pues a mi parecer, es una curiosidad que por ser de muchos, puede ser digna de tener en cuenta.

En la confianza de verme complacido, muy atentamente le saluda su afmo. s. s.

q. e. s. m.

Luis Albertí

Pocas veces una carta al Director pudo su firmante rubricarla tan espontánea como, a través de su lectura, resulta la que antecede, ni a mi personalmente podría otra causarme mayor complacencia que la que me otorga el tema que dicha misiva me impone.

La actualidad a veces no resulta lo oportuna que el escritor quisiera. Hay días en que uno se levanta muy bien dispuesto para emprender un vuelo de gran altura, y se encuentra que un chubasco de los de a cien litros por metro cuadrado viene a mojarnos la fiesta al aguarnos las cuartillas. La diferencia entre el que escribe a su antojo, del que un buen día se le antoja escribir un semanario, estriba en un abismo de colosales profundidades. La pluma tiene casi siempre en la rabiente actualidad su peor y más nefasta tiranía. Por eso cuando una carta al Director nos sorprende con un tema de gran enjundia sentimental, vale la pena de celebrar el acontecimiento, otorgando, agradecidos, a su firmante un verdadero montón de gracias.

Y, dicha así la cosa, vamos por lo que en el epistolario se nos pide:

Fernando Agulló, el célebre publicista que popularizó en sus lides periodísticas el seudónimo de Pol, fué el padrino que dió nombre al litoral gerundense y que muy felizmente, bajo la bella y castiza denominación de Costa Brava, figura ya adscrito definitivamente en el catálogo internacional donde la fama subraya todas las rutas turísticas.

La cosa, según tengo entendido, ocurrió en la cúspide de nuestro Castellar, cuando en compañía de sus buenas amistades guixolenses le fué dado contemplar el bravísimo peñascal que se extiende hasta Tossa desde el pico de águila que se balconea en la ermita de San Elmo.

Testigos hay entre nosotros que asistieron y pueden darnos razón de tan fausto acontecimiento, testigos a los que yo, pública y cordialmente desde aquí hoy

Parece mentira que, todavía a estas alturas, nadie se haya atrevido a honrar su memoria

requiero por sí, a la buena y eterna memoria del gran publicista, quieren a la par que enaltecer nuestra historia, honrar estas columnas con el reportaje de tan valioso suceso.

Aunque los años no pasan en balde y la memoria sufre la erosión del tiempo, recuerdo todavía muy vivos los hechos y las imágenes que perfilaron la baraundera que se armó cuando, en tiempo ya lejano, propuse consagrar a Pol una de nuestras calas, dando su nombre a un retal de ese paisaje que él dignificó con la gracia del bautismo.

Entonces supe — aunque hoy no recuerdo a ciencia cierta quien me lo dijo y por eso a los tales requiero desde estas líneas — que como en toda ceremonia de abolengo hubo — ¿cómo no? — la asistencia de unos testigos.

Pero lo más deplorable — mi muy amable y espontáneo comunicante — es que a pesar de los años transcurridos Pol continúa sin la honra de un recuerdo a su memoria. La Costa Brava está casi llegando al zénit de su fama y nadie es bueno de acordarse que en el mérito de nuestra popularidad ocupa Fernando Agulló el papel preponderante de todos los descubridores al haber unificado la maravilla de este litoral con el verbo cálido de una palabra exacta.

En su día — y como a tal me refiero al que venía determinado por la actualidad de mi iniciativa — no pudo la cosa lograrse porque nuestro mundo andaba en aquellas fechas asediado por vientos de malquerencia. Las primeras figuras de nuestra escena intelectual se sumaron entusiásticas a la idea y hubo valiosos ofrecimientos para rubricar la solemnidad de aquella gran jornada que no llegó a celebrarse.

Aprovecho, pues, mi querido amigo esta oportunidad que hoy me brindas con tu carta, para poner una vez más de manifiesto esa nuestra deslealtad con quien a nuestro litoral puso proa para la feliz singladura que la Costa Brava está realizando.

Y así como hasta cierto punto pueden las demás localidades distraerse en su deber, no puede en modo alguno hacer otro tanto la ciudad guixolense si, como aparece en el testimonio que esperamos, resulta ser la piedra de toque, desde cuyo sitio ejerció el bautista el rito de su ministerio.

No hace mucho nos preguntábamos el por qué eran tantos los que a veceo parecían olvidarnos. ¿Es qué acaso nosotros no hacemos un tanto de lo mismo?

Que cada cual escuche la voz infalible de su conciencia y después de haberla oído, eche, si puede, la primera piedra.

Descayre